

raíz está en la voluntad misma del que obedece, y no se apoya simplemente sobre su instinto, sino sobre su razón; por manera, que ella misma se estrecha á medida que el peligro le hace necesaria. La disciplina de un ejército aristocrático se relaja fácilmente en la guerra, porque se funda en hábitos que la guerra turba casi siempre. La disciplina de un ejército democrático se hace por el contrario más firme delante del enemigo, pues cada soldado ve entonces muy claramente que es preciso callarse y obedecer, para poder triunfar.

Los pueblos que han hecho hasta ahora las cosas más extraordinarias por la guerra, no han conocido otra disciplina que ésta de que hablo. Entre los antiguos no se admitían en los ejércitos sino hombres libres y ciudadanos que diferían bien poco entre sí y estaban acostumbrados á tratarse como iguales. En este sentido, puede decirse que los ejércitos de la antigüedad eran democráticos, aunque no saliesen sino del seno de la aristocracia, y por esto reinaba entre ellos una especie de confraternidad familiar entre el soldado y el oficial; cualquiera se convence de esto leyendo la vida de los grandes capitanes de Plutarco. Los soldados hablan allí con mucha libertad á sus generales; éstos escuchan con gusto sus discursos y les responden, y más bien por palabras y con ejemplos, que por la violencia y el castigo los dirigen. Se dirían compañeros más bien que jefes.

No sé si los soldados griegos y romanos perfeccionaron jamás tanto como los rusos los pequeños detalles de la disciplina militar: mas esto no impidió á Alejandro conquistar el Asia, ni á Roma el mundo.

## CAPÍTULO XXVI

### Algunas consideraciones sobre la guerra en las sociedades democráticas.

Cuando el principio de la igualdad no se desenvuelve solamente en una nación, sino al mismo tiempo en muchos pueblos vecinos, como se ve ahora en Europa, los hombres que habitan estos diversos países, á pesar de la disparidad de lenguas, de usos y de leyes, se asemejan en que temen igualmente la guerra y sienten por la paz el mismo amor (1).

En vano, la ambición ó la cólera arma los príncipes; una especie de apatía y de benevolencia universal los aplaca á despecho de ellos mismos, y les hace caer la espada de la mano; la guerra se hace más rara cada vez.

A medida que, desenvolviéndose la igualdad á la vez en muchos países, impele simultáneamente á los hombres que los habitan hacia la industria y el comercio, no sólo sus gustos se asemejan, sino también sus intereses se mezclan y se confunden de tal modo que ninguna nación puede hacer á las otras males que no caigan sobre ella misma, y todas acaban por considerar la guerra como

(1) El temer los pueblos europeos la guerra, no depende solamente del progreso que ha hecho entre ellos la igualdad, y no me creo en la necesidad de hacerlo notar aquí. Independientemente de esta causa permanente, hay muchos accidentales que son muy poderosos; me limitaré á citar el cansancio extremo que han dejado las guerras de la revolución y las del imperio.

una calamidad casi tan funesta para el vencedor como para el vencido.

Así, de un lado, es muy difícil arrastrar los pueblos democráticos al combate; más de otro, es casi imposible que dos de ellos se hagan aisladamente la guerra. Los intereses de todos se hallan tan enlazados, sus opiniones y sus necesidades son tan semejantes, que ninguno puede mantenerse en reposo cuando los otros se agitan. Si las guerras se hacen más raras cada día, también luego que nacen, tienen un campo más vasto.

Los pueblos vecinos democráticos no vienen á ser solamente semejantes en algunos puntos, como acabo de indicar, sino que acaban por asemejarse en casi todos (1). Mas esta semejanza de

(1) Esto no depende únicamente de que los pueblos tengan el mismo estado social, sino de que él conduce naturalmente los hombres á imitarse y á confundirse.

Cuando están divididos los ciudadanos en castas y clases, no solamente difieren los unos de los otros, sino que tampoco tienen el gusto ni el deseo de asemejarse: cada uno, al contrario, trata de guardar intacta sus opiniones y sus hábitos propios y de aislarse. El espíritu de individualidad es muy vivo.

Cuando un pueblo tiene un estado social democrático, es decir, que no existen en su seno castas ni clases y todos los ciudadanos son poco más ó menos iguales en bienes y en luces, el espíritu humano camina en sentidos opuestos. Los hombres se asemejan y en cierto modo sufren de no asemejarse más todavía; lejos de querer conservar lo que puede todavía singularizarlos, no tratan sino de perderlo para confundirse en la masa común, que sola representa á sus ojos el derecho y la fuerza; el espíritu de individualidad casi desaparece.

En los tiempos de aristocracia, los mismos que son naturalmente semejantes, aspiran á crear entre ellos diferencias imaginarias.

En los de democracia, los que naturalmente no se parecen, pretenden hacerse iguales y se copian, pues á tal punto llega la influencia del movimiento general de la humanidad sobre el espíritu de cada hombre.

Alguna cosa semejante se nota de pueblo á pueblo. Dos pueblos tendrían siempre el mismo estado social aristocrático, permaneciendo muy distintos, porque la base del espíritu aristocrático es individualizarse. Mas dos pueblos vecinos no pueden tener un mismo estado social democrático sin adoptar pronto opiniones y costumbres semejantes; pues el espíritu de la democracia inclina los hombres á asemejarse.

pueblos tiene, en cuanto á la guerra, consecuencias muy importantes.

Cuando yo me pregunto por qué la confederación helvética del siglo xv, hacía temblar las más grandes y poderosas naciones de Europa, mientras que en nuestros días su poder está en relación exacta con su población, encuentro que los suizos se han hecho semejantes á todos los hombres que los rodean, de tal suerte, que haciendo el número sólo la diferencia, á los mayores batallones pertenece, por precisión, la victoria.

Uno de los resultados de la revolución democrática que se efectúa en Europa, es hacer prevalecer sobre todos los campos de batalla la fuerza numérica, y forzar á todas las pequeñas naciones á incorporarse en las grandes, ó á lo menos á entrar en la política de estas últimas.

Siendo el número de hombres la razón que determina la victoria, resulta que cada pueblo debe procurar con todos sus esfuerzos conducir el mayor posible al campo de batalla.

Cuando se podía alistar una clase de tropas superior á todas las otras, como la infantería suiza ó la caballería francesa del siglo xvi, no se creía necesario levantar grandes ejércitos; pero no sucede así cuando todos los soldados son iguales.

La misma causa que crea esta necesidad suministra los medios de satisfacerla; pues como ya he dicho, cuando todos los hombres son semejantes, se hacen débiles.

El poder social es naturalmente mucho más fuerte en los pueblos democráticos que en otro cualquiera: estos pueblos, al mismo tiempo que sienten el deseo de llamar toda su población á las armas, tienen la facultad de reunirlos: lo cual hace que en los siglos de igualdad los ejércitos parezcan crecer á medida que el espíritu militar se extingue.

En los mismos siglos, el modo de hacer la guerra cambia también por las mismas causas. Maquiavelo, dice, en su libro del Príncipe «que es mucho más difícil dominar á un pueblo cuyos jefes son un príncipe y varones, que á una nación conducida por un príncipe y esclavos». Digamos, pues, para no ofender á nadie, funcionarios públicos, en lugar de esclavos, y tendremos una gran verdad que se adapta perfectamente á nuestro objeto.

A un gran pueblo aristocrático le es muy difícil conquistar

sus vecinos, y tampoco puede ser fácilmente conquistado por ellos. Lo primero, porque no puede jamás reunir todas sus fuerzas y tenerlas por largo tiempo juntas, y no puede ser conquistado porque el enemigo encuentra por todas partes pequeños focos de resistencia que lo detienen. Yo compararía la guerra en un país aristocrático con la que se hace en un país montañoso: los vencidos encuentran á cada paso la ocasión de rehacerse en nuevas posiciones y mantenerse firmes.

Lo contrario se ve precisamente en las naciones democráticas. Éstas conducen con facilidad todas sus fuerzas disponibles al campo de batalla, y cuando la nación es rica y numerosa, se hace cómodamente conquistadora; pero una vez que se la ha vencido y se penetra en su territorio, le quedan pocos recursos, y si se consigue apoderarse de la capital, la nación está perdida. Se concibe esto muy bien. Siendo cada ciudadano aislado muy débil, ninguno puede defenderse por sí mismo ni prestar á los otros un punto de apoyo.

Todo lo fuerte en un país democrático, es el Estado, y al concluirse la fuerza militar por la destrucción del ejército y paralizarse su poder civil por la toma de la capital, el resto no forma sino una multitud desordenada y sin fuerza, que no puede luchar contra el poder organizado que la ataca: sé que el peligro se hará menor creando libertades y, por consecuencia, existencias provinciales; mas este remedio será siempre insuficiente. No solamente la población no podrá entonces continuar la guerra, sino que es de temer que aun no la intente.

Por el derecho de gentes adoptado por las naciones civilizadas, las guerras no tienen por objeto el apropiarse los bienes de los particulares, sino solamente apoderarse del poder político. Si se destruye la propiedad privada es sólo por accidente y por alcanzar el segundo objeto.

Cuando una nación aristocrática es invadida después de la derrota de su ejército, los nobles, aunque sean al mismo tiempo los ricos, prefieren defenderse individualmente á someterse, pues si el vencedor se hace dueño de su país, les arrebató el poder político, que aprecian más aún que sus bienes; quieren más los combates que la conquista, que es para ellos el mayor de los males, y arrastran fácilmente consigo al pueblo, porque éste ha contraído por

largo tiempo el hábito de seguirlos y de obedecerlos y, por otra parte, nada casi tiene que arriesgar en la guerra.

Al contrario, en una nación en que reina la igualdad de las condiciones, cada ciudadano no toma sino una pequeña parte en el poder político, y aun muchas veces no toma ninguna; de otro lado, todos son independientes y tienen bienes que perder; de suerte que la conquista se teme menos y la guerra mucho más que en un pueblo aristocrático. Por tanto, será siempre muy difícil resolver á una población democrática á tomar las armas, cuando la guerra afecta ya su territorio.

Conviene dar derechos á estos pueblos y un espíritu político que sugiera á cada ciudadano algunos intereses de los que hacen obrar á los nobles en las aristocracias.

Es preciso que los príncipes y los otros jefes de las naciones democráticas se acuerden de que sólo la pasión y el hábito de la libertad pueden luchar con ventaja contra la pasión y el hábito del bienestar. Nada hay mejor preparado en caso de contratiempo para la conquista, que un pueblo democrático que no tiene instituciones libres.

En otro tiempo se entraba en campaña con pocos soldados, se daban pequeños combates y se hacían largos sitios. Hoy se dan grandes batallas y se corre sobre la capital, á fin de terminar la guerra de un solo golpe.

Se dice que Napoleón inventó este nuevo sistema. No era dado á un hombre, cualquiera que fuese, crear un sistema semejante. El modo con que Napoleón hizo la guerra, le fué sugerido por el estado social de su tiempo, y tuvo buen éxito por ser muy apropiado á este estado y porque lo puso en práctica por primera vez.

Napoleón es el primero que ha recorrido á la cabeza de un ejército el camino de todas las capitales; pero la ruina de la sociedad feudal es la que le había abierto esta ruta.

Convenzámonos de que si este hombre extraordinario hubiera nacido hace trescientos años, no habría sacado el mismo fruto de su método ó, más bien, habría seguido otro diferente.

No añadiré sino una sola palabra sobre las guerras civiles, porque temo cansar al lector.

La mayor parte de lo que he dicho sobre las guerras extran-

teras, se aplica con más fuerte razón á las civiles. Los hombres que viven en los países democráticos carecen naturalmente de espíritu militar; lo toman algunas veces, luego que se les ha conducido á su pesar á los campos de batalla; pero levantarse en masa por sí mismos, exponerse voluntariamente á los males de la guerra y sobre todo á los que trae la guerra civil, es un partido á que el hombre democrático jamás se resuelve. Solo los aventureros consenten en arrojarse á semejantes contingencias; la masa de la población permanece inmóvil.

Aun cuando ésta quisiese obrar, no podría hacerlo fácilmente, pues no encuentra en su seno antiguas influencias bien establecidas, á las cuales pueda someterse; no hay jefes bastante conocidos para reunir los descontentos, organizarlos y dirigirlos, ni poderes políticos bajo el de la nación, que vengan á apoyar eficazmente la resistencia que se le opone.

En los países democráticos, el poder moral de la mayoría es inmenso y la fuerza material de que dispone no guarda proporción con las que es posible reunir en contra. El partido que se apoya en la mayoría, que habla en su nombre y emplea su poder, triunfa en un momento y sin esfuerzo de todas las resistencias particulares: no las deja siquiera el tiempo de nacer, pues destruye su semilla.

Los que en estos pueblos quieren hacer una revolución con las armas, no tienen otro recurso que apoderarse de improviso del gobierno, más bien por un asalto que por una guerra; pues habiendo guerra en regla, el partido que representa el Estado se halla casi siempre seguro de vencer.

El único caso en que puede nacer una guerra civil, es aquél en que dividiendo el ejército, una porción levanta el estandarte de la rebelión y la otra permanece fiel. Un ejército forma una pequeña sociedad estrechamente unida y muy durable, capaz de bastarse algún tiempo á sí misma. La guerra podría ser sangrienta; pero no larga, porque ó el ejército sedicioso conquistaría el gobierno por el hecho sólo de mostrar sus esfuerzos ó por su primera victoria y la guerra terminaría ó se empeñaría una lucha, y la porción del ejército que no se apoyara sobre el poder organizado del Estado, no tardaría en dispersarse por sí misma ó en ser destruída.

Se puede admitir como verdad general que en los siglos de igualdad, las guerras civiles llegarán á ser raras y muy cortas (1).

(1) Se concibe bien que hablo de naciones democráticas únicas (*uniques*), y no de naciones democráticas confederadas. Residiendo siempre el poder preponderante de las confederaciones en el gobierno del Estado y no en el federal, las guerras civiles no son sino guerras extranjeras disfrazadas.